

La tienda de D. Marcos

Cuando D. Marcos, despues de despachar sus negocios en la Aduana, volvió á su tienda, encontró á los seis reclutas instalados detras del mostrador y siendo el objeto de las burlas y de los dichos de los parroquianos.

—Echeme cuartilla de gachupines—decia un borracho.

—¿Ya vienes á la amiga?—preguntaba una vendedora de cimas á la que vendia garbanzos tostados á la puerta de la tienda.

—¿Ya saben los niños el catecismo, paisano?

—Déme tlaco de camarones, de los acabados de llegar.

—¿Tiene usted cepillos?—preguntaba otro, aludiendo á las cabezas peladas á peine de los recién llegados.

—Cuando venia yo de España ¡cucaña!..... cantaba un barrendero que se estaba dando gusto con una copa de chingurito.

Los dependientes antiguos de la casa reian á mas no poder

per la vaya que daban los marchantes á sus pequeños compatriotas, y recordaban la de que ellos mismos habian sido objeto en sus mocedades.

Los chicos ardian en cólera y estaban mas encarnados aun que de costumbre, y eso que el sol del camino les habia dado un tinte que hacia muy apropiado el sobrenombre de camarones que algun marchante les habia dado.

Cuando D. Marcos entró á la casa los llamó á la trastienda, los formó, escogió á los dos mas robustos, y poniéndose en marcha con los otros cuatro los fué dejando en las tiendas de otros tantos amigos.

El muchacho de la cicatriz, en quien suponemos habrán reconocido ya nuestros lectores á Mário, fué uno de los que se reservó D. Marcos.

Mário, ó mejor dicho, Mauricio, puesto que desde que la lavandera de casa del tio Antonio le habia dado este nuevo nombre no llevaba otro, estaba hecho un polizoncito completo. Nadie habria creído que era italiano al oírle expresarse con tanta claridad en castellano y con el acento propio de los que nacen en Cádiz, si él no lo dijera cuando le preguntaban á que nacionalidad pertenecia.

El Doctor habia ilustrado á este respecto al tio Antonio, quien tuvo cuidado de contar al niño, luego que estuvo capaz de comprenderlo, todo lo que él sabia con relacion á su triste historia.

El tio Antonio, á fuerza de trabajo, habia logrado hacer aprender á Mauricio á leer y escribir y algo de cuentas, y merced á estas habilidades y á algunos ahorrillos, pudo lograr enviarle, por conducto de la casa Sobrino y compañía, á América, como dicen los españoles, para hacer fortuna.

El chico, dócil de carácter y ávido de mudar de objetos, no vaciló en obedecer á su padre adoptivo, y habia hecho el viaje con gusto á pesar de las incomodidades propias de la navega-

cion, y que se aumentaban por la circunstancia de que tanto él como sus compañeros, en su categoría de pasajeros de ínfima clase, recibían peor trato que los que pagaban más que ellos, y comían con los marineros y los criados.

La navegación fué larga y pesada, pero no lo fué tanto como el viaje de Veracruz á México en la línea *acelerada* de carros, que en aquellos buenos tiempos tardaba cuarenta y á veces sesenta días en recorrer las cien leguas que hay de la capital al puerto.

Luego que D. Márcos volvió de dejar á los otros chicos en las tiendas donde debían servir, llamó á Mauricio y á su compañero y les dirigió el siguiente discurso, notable por la sencillez de los términos y por su ruda elocuencia, que impresionó notablemente á los chicos.

—Piensan en nuestra tierra—les dijo D. Márcos—que no hay más que llegar á México y agacharse para recoger dinero, y supongo que ustedes habrán oído hablar del andaluz que al desembarcar se encontró un duro y le arrojó con desprecio pensando que más adelante hallaría onzas de oro á montones. Por supuesto que nada encontró, y se quedó tan pobre como antes. Aquí es cierto que se puede ganar el dinero, pero no holgando y gastando, sino trabajando y haciendo economías, y si no, dígame yo, que empecé ganando cuatro pesos cada mes cuando vine tan muchacho y tan pobre como ustedes, y hoy ya estoy establecido; pero he necesitado treinta años en los cuales no he dejado de trabajar un solo día ni usado más vestido que el que ustedes miran ú otro semejante. Si ustedes quieren volver á España algún día con una regular fortuna para pasar allí la vejez cómodamente y con descanso, no tienen más que hacer que lo que yo les digo: trabajar y economizar, y verán qué bien les irá; pero si quieren holgar y no piensan en mañana, ó nunca pasarán de tristes dependientes, ó lo que es peor, llegarán alguna vez á morir de hambre. Ea! ya están ustedes entendi-

dos; ya saben lo que les conviene; con que así, no ser tontos y á trabajar, que para eso se ha hecho la vida.

Los muchachos salieron de nuevo á la tienda, y poco á poco se fueron familiarizando con los marchantes, de manera que ya no les impresionaban al grado que el primer día sus dichos y sus bromas, á los que contestaban lo mejor que podían.

El compañero de Mauricio desempeñaba con gusto cuantas comisiones le encomendaban; lavaba el mostrador, abría fardos, desempeñaba pequeñas comisiones de sus compañeros, y llevaba trazas de ser alguna vez un tendero hecho y derecho.

Mauricio, á pesar de su buena voluntad, no podía acostumbrarse á aquella vida; le agradaba más hacer las anotaciones en los libros y resolver las dudas de contabilidad que solían ocurrir á sus compañeros, que dedicarse á los oficios que por lo regular se encomiendan á los últimos dependientes en las tiendas de la naturaleza de aquella en que se hallaba.

Comunmente se entretenía en retratar con lápiz en un pedazo de papel á los marchantes de la casa que tenían fisonomías notables, y más de una vez le sorprendió el dueño de la tienda distraído en esa ocupación y descuidando el despacho por dedicarse á ella.

Pero rudo como era el buen D. Márcos, admirado de ver la semejanza que los retratos que hacía Mauricio tenían con sus originales, se conformaba con amonestar paternalmente al chico diciéndole que pensara menos en las artes y más en el comercio, pues la mayor parte de los que á aquellas se dedicaban se morían de hambre ó permanecían pobres toda su vida, mientras que este había enriquecido á muchos.

El chico prometía enmendarse, pero á poco volvía á su ocupación favorita.

El tapanco de la tienda, habitación de los dependientes, se llenó bien pronto con los cróquis de Mauricio, y D. Márcos, lo mismo que todos los que veían aquellos retratos, convenían en

que no les faltaba mas que hablar; pero el buen tendero, que se habia aficionado á su dependiente nuevo, se entristecia mucho al considerar el negro porvenir que le aguardaba, si obstinándose en despreciar el comercio por la pintura, desoía sus buenos consejos y se apartaba del camino fuera del cual, segun el señor Olavarría, no habia fortuna posible; y de esto estaba tan seguro, decia, como de que fuera de la Iglesia Católica no hay salvacion.

El muchacho era pintor por instinto, y la fuerza de su vocacion le hacia olvidar muy pronto los paternales consejos de D. Márcos, y consagrarse mas asiduamente que nunca á su tarea de retratar á cuantos concurrían á la tienda, llegando al extremo de no hacerlo ya solamente en papel, sino en el mostrador, en la *piquera*, en los libros, en los paquetes de velas, en las cajas de galletas, en todo aquello, en fin, que presentaba un blanco suficiente para que cupiese un perfil.

Muy pronto no hubo en la tienda un solo objeto que no tuviera un cróquis de Mauricio.

XXXII.

La Tertulia.

A la tienda de D. Márcos Olavarría concurrían, como es costumbre generalizada en México, algunos amigos que pasaban todas las noches dos ó tres horas sentados en el mostrador, en charla con el patron de la casa, y algunas veces comiendo galletas y avellanas, ó jugando un partido de ajedrez.

La sociedad que frecuentaba la casa de D. Márcos se componia de dos ó tres corredores y otros tantos comerciantes por mayor.

Solia agregarse á esta reunion un vejete, borracho consuetudinario, de fisonomía extravagante, y que tenia la original pretension de hacerse pasar por médico y por diputado al Congreso general.

Bebia algunas copas de aguardiente á crédito, y era de oírle, tartamudeando, tanto por naturaleza cuanto por embriaguez, contar á su modo lo que pasaba en las sesiones del Congreso. Era oposicionista furibundo, y fuerza es confesar que no obs